

CHORRADA MENSUAL

Nº6 - Diciembre 2014

Especial Negro



Con paridas de:

- Alberto Miguel
- Bombi & Charlie
- Félix Jaime
- Galielón
- Martius Coronado
- Nadie Anónimo Pérez
- Pepo, el estafalario

En este número:

- Bloody Mary-Mar
- La civilizada pasión por el asesinato
- El culpable
- El hombreito azul
- Por ellos
- Sanguino
- Una visita inesperada
- y mucho más...

CHORRADA MENSUAL

Una revista completamente distinta a cualquier otra que, realmente, no sea como ésta.

Número 6 – Diciembre de 2014

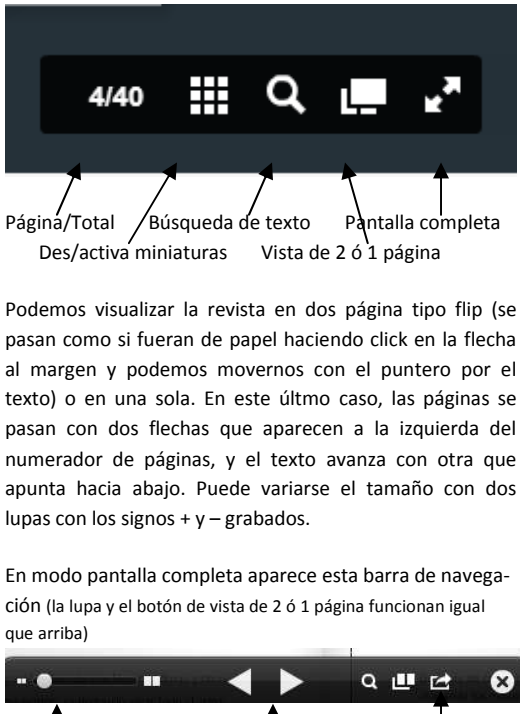
DIRECTOR:

Eustaquio T-Rex

EDITA:

Charmer Productions

Madrid



4/40

Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa
Des/activa miniaturas / Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos páginas tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos movernos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y – grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)

Zoom Botones de pg.alante/atrás Compartir o descargar

EN ESTE NÚMERO:

Editorial.....3
Eustaquio

La civilizada pasión por el asesinato: la novela negra.....5
Martius Coronado www.elpaisimaginario.com

Una visita inesperada.....8
Nadie Anónimo Pérez <http://mihumildecerteza.blogspot.com.es>

Por ellos.....10
Guión: Bombi Dibujos: Charlie

Bloody Mary-Mar.....12
Pepo, el estrafalario <http://cuentosdelviejotrampero.blogspot.com.es>

Una cosa menos.....19
Galielón <https://facebook.com/galielon.comics>

Sanguino.....23
Bombi Charmer <https://facebook.com/albrian.panzale.galelos/>

El hombrecito azul.....27
Félix Jaime <http://impresionesdefelix.blogspot.com.es/>

El culpable.....31
Alberto Mignel

La conjura de los Galeotes 2.....35
Charlie Charmer charliecharmer6@gmail.com

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com

© Chorrada Mensual es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en Chorrada Mensual son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



EDITORIAL

Eustaquio T.Rex
(no me busquéis en Facebook)*

De todos los géneros literarios, éste del negro es el que más explota las miserias humanas, recordándonos en cada página hasta dónde el hombre puede llegar en la búsqueda de sus pasiones.

Porque la pasión puede llegar por la codicia que producen las riquezas, las ansias de poder o, simplemente, para cubrir una necesidad interna, aunque ésta sea antisocial o poco natural.

¿A quién tememos cuando la historia refleja a un psicópata? ¿Al personaje por sí solo o lo que pueda llegar a ser un ser humano con pintas de normal?

Quizá ese vecino que cada día nos saluda con cordialidad en el ascensor, quizá el camarero de la esquina cuando sale de trabajar o la tímida dependienta de la mercería de dos calles más abajo.

Quizá temamos al oscuro otro yo que se oculta en lo más profundo de nuestra alma, aguardando a que sus ligaduras sean desatadas para manifestarse.

Pero también podemos llegar a identificarnos con el espía despiadado que roba el material secreto de la competencia sin ser descubierto. Capaz de acabar con cuarenta esbirros entrenados y armados hasta las cejas portando, tan solo, un boli recargable y cuya vista de reojo atisba los movimientos del rival antes de que aquél los piense.

¿Y qué decir del todopoderoso mafioso de traje negro y puro en la boca, con mirada sarcástica, corbata roja y calcetines blancos? Hombre que habla sin separar los dientes, y sin cuyo sombrero sería imposible de reconocer. Él solo da órdenes que siempre se cumplen, salvo cuando ordena matar al bueno, claro.

O el detective borracho y torturado por un pasado que ya no recuerda de tanto beber, pero que dispara con la precisión de un halcón sobrio y joven. Tipo duro donde los haya y al que todos temen por no seguir las reglas.

Y es que en el mundo del género negro nada es lo que parece, sino todo lo contrario. Y lo contrario nos es atrayente, pues nos muestra que nadie desvela del todo quién es en realidad, sino aquello que pretendemos ser.

Claro que, en CHM, todo es diferente. Tampoco las cosas son lo que parecen hasta que parecen otra cosa que tampoco son. Lo habéis entendido, ¿verdad? Pues leed el contenido de la revista y quedaos como estabais. Si sois capaces.

* Aunque en octubre abrí una página que estuvo activa unos días (<https://www.facebook.com/profile.php?id=100008444503646>), "caralibro" me bloqueó cuando se enteró de que era un tiranosaurio. Por lo visto, solo las personas pueden tener un perfil... ¡Racistas!



Silly Roger, el pirata atontado

AVISA:

Si te has bajado esta revista de ipadforos, exvagos, pordescargadirecta, fluxy, locosxdd, blogovin, thepiratebay, toptweet, kioskofree.bligoo, bajui, bochinche-warez, jarochos o tantos otros nidos de piratas como pueblan la red... **te han tomado el pelo:**

Te estás metiendo en webs llenas de software malicioso y publicidad, en muchas de las cuales te obligan además a registrarte o dar un número de teléfono, para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen **gratuita, sin publicidad ni registros**, en un entorno seguro:

<http://issuu.com/chorradamensual>

Paseaba y pensaba.
Hay quien puede pensar que hacer esto es una pérdida de tiempo, pero a veces no queda más remedio que hacerlo. Estar bajo de moral es muy corriente cuando las cosas van mal, y que las cosas vayan mal no siempre se puede impedir.
Y es por eso que Marcos paseaba y pensaba. Una persona pasa por momentos, a veces, que le parece imposible volver a sonreír. Entonces, ocurrió algo que le hizo volver a sonreír... ¡El sabor del caramelo de chorizo "Bong-Bong"!
¡Caramelos de chorizo "Bong-Bong" y... a sonreír!
De venta por ahí.



La Civilizada Pasión por el Asesinato: La Novela Negra

Martius Coronado

La civilización occidental vive fascinada por toda historia que se desencadene o se hilvane alrededor del asesinato. El morbo y el chisme son condimentos irresistibles para todos aquellos habitantes de la aburrida cotidianeidad, pero es quizá la frontera del pecado y la encarnación del mal, que el hecho simboliza, la que decanta la unanimidad de todas las miradas. Llámese consternación, llámese justicia, llámese drama o llámese intriga por desentrañar las circunstancias, el proceso y los motivos que llevan a un semejante a cruzar esa línea sin retorno, sin restitución y sin castigo equiparable, a no ser que se quiera caer en el mismo pecado. Sólo el Hacedor puede sancionar con propiedad a aquel que emula una de las facetas de su providencia.

Y sin embargo no es sólo morbo y horror todo lo que reluce. Engarzado al gusanillo curioso del misterio, se descifra parte de la naturaleza humana. Esa que sueña para sí un destino menos mundano, más heroico y lleno de un sentido útil y trascendente de la propia existencia. Para que el fin y el postre social le reconozca un valor del que en la mayoría de su deambular, el ser humano siente carecer. Porque no es el asesino quien más nos hechiza, sino aquel que lucha por desenmascararlo y que embarcado en una suerte de viaje iniciático, no duda en poner en riesgo su vida con tal de hacer prevalecer la justicia.

Su simbolismo cargado de reflejos y de identificaciones, explica la notoriedad de la Novela Negra desde el siglo pasado con Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Chester Himes, Patricia Highsmith, James M. Cain, James Hadley Chase, Paul Auster, Vázquez Montalbán o Boris Vian, como algunos de los muchos y grandes escritores que definieron el género e indagaron en sus posibilidades narrativas. El género negro aumentó su alcance en la gran pantalla y creó el modelo en el que tantas series televisivas y películas de ciencia ficción se nutrieron en el pasado y siguen haciéndolo aún en el presente. Incluso me atrevería a afirmar que el auge del género épico y fantástico, tanto literario como cinematográfico, que se vive en la actualidad, le debe su popularidad a la lírica detectivesca que tantas veces fue denigrada como literatura B, no tanto quizá por las formas, sino por el subtexto identificativo y liberador de una realidad demasiado gris.

Una de las claves de la Novela Negra es que sus protagonistas no atienden al prototipo del héroe clásico, que inmaculado en sus acciones y firme creyente de su destino, siempre recibe la recompensa del encumbramiento social. El detective, ya sea por profesión o circunstancia,

suele estar personificado por un mero superviviente, más cercano a la figura del fracasado o el derrotado social, cuyo cinismo, escepticismo y amargura lúcida sabe diseccionar la doble moral, la corrupción y la desigualdad de una sociedad, que en muchos casos no es la mano ejecutora, pero si la culpable de los asesinatos a los que el investigador se ve impelido, más allá del dinero e incluso a veces del amor, a resolver y denunciar. A veces siendo incluso partícipe del mal, siguiendo una pasión y una coherencia que ya no puede abandonar.

La simpatía primera, y la identificación consecuente, son los primeros pasos que enganchan al lector, porque el deambular de la existencia nos iguala en su sinsabor, que tantas veces hemos sufrido en soledad, sumando esquirlas y desencantos a ese descubrir perpetuo de que la vida no es tal y como creímos y nos dijeron que era.

Pero es su determinación y fuerza lo que más nos deleita y envidiamos. Porque aunque está inmerso en esa bruma aturdidora del vivir, encuentra un sentido y un destino al que apegarse y por el que luchar. Deslindando con precisión quirúrgica los desdibujados bandos entre el bien y el mal, y hallándose gustoso en un camino del que no hay vuelta atrás, para adquirir una fuerza moral, que por el mero hecho de andarlo le otorga unidad, fin y sentido a su vida. Sorprendido a veces, de que su aparente y pragmático egoísmo, ceda el paso y sea capaz de sacrificar su seguridad, su dinero, su vida y hasta un amor interesado y arrebatador, en aras de una ética sin dobleces. El premio no importa, porque el hecho no lo aleja del fracaso, aunque éste sea un amor verdadero o el pago de unos buenos honorarios. La verdadera recompensa es la certidumbre de que la aventura ha sido una especie de prueba iniciática, guiada por su cabezonería en demostrarse que simplemente ha hecho lo que debía hacerse.

La intriga es más la excusa y el medio que la esencia. Porque la magia que en realidad nos atrapa, aunque no seamos conscientes de ella, es el feliz hallazgo para los personajes de la aventura y de un sentido a sus vidas, asumido sin reproches, aunque éste sea muchas veces trágico. Nuestros sueños se engarzan y nuestra identificación suspira por tener semejante suerte, no quizá en los mismos términos, pero sí en la fuerza y la voluntad que los guía y de la que tanto carecemos. La vida mundana escasea en su complejidad de la aventura, la intensidad y la inercia de saberse en un trayecto escrito por y para nosotros. Las más de las veces dudamos de la senda elegida, y la continua marea de tiempo vacío y sin propósito, nos paraliza y hace de nosotros presa fácil de una monotonía que nos asfixia y que ningunea nuestra fe en lo más esencial, nosotros mismos.

La literatura siempre habla del hombre, no importa el contexto, el disfraz o la fantasía con la que se arroje la historia, porque no se puede hablar de lo que no se es y se desconoce. Phillipe Marlowe, Sherlock Holmes, Hercules Poirot o Pepe Carvalho no son más que hijos de su época, pero no debemos olvidar que no representan más que variantes, para la literatura occidental, del símbolo que inauguró Homero con su Ulises. La vida como viaje y la lucha del hombre frente a las dificultades para encontrar su hogar, sobre el que sueña y del que ya olvidó su camino de regreso. Pero que una vez hallado, no tarda en reconocerlo, aunque no ocurra lo mismo con él, y deba una vez más mostrar que es digno de ocupar el lugar que reclama.

Esa es la gran cuestión que también nos puede enseñar la literatura, en lugar de rendirse y dejarse llevar por las azarosas triquiñuelas del destino, no cejar en la lucha y seguir buscando. Tal vez el puro camino sea la clave y no sólo soñar de una manera placentera, pero pasiva. No sólo por la aventura de vivir plenamente, sino por desenterrar el inenarrable placer de encontrar nuestro lugar en el mundo; o en su defecto morir en el intento.



Una visita inesperada

Nadie Anónimo Pérez



Terminó de leerlo justo antes de que llamaran a la puerta. La carta estaba repleta de incorrecciones, pero parecía sincera y derramaba un sentimiento de alarma especial. Quien la había escrito se encontraba muy interesado en que se le tomara en serio. Sin duda alguna.

Enrique se levantó con lentitud. ¿Quién sería a aquellas horas de la mañana? Ninguno de sus contactos se levantaba tan temprano y, además, jamás le visitaban. Todos los trapicheos los efectuaba lejos del hogar, fuera de la influencia de vecinos y conocidos. Volvieron a llamar antes de que llegara.

– Bueno, bueno. Vaya nervios.

Cuando abrió, la imagen de la mirilla fue sustituida por la de un puño fugaz que impactó en su rostro sin que le diera tiempo a pestañear siquiera. El dolor fue tan horrible que solo acertó a gritar. Las preguntas sobre lo que le estaba ocurriendo deberían esperar a que recuperara de forma mínima la conciencia. Pero quien le golpeará no estaba dispuesto a ofrecerle ni un segundo. Sintió cómo era alzado del suelo por la escasa cabellera que poseía, acrecentando el dolor y la sensación de no dominar ni el lugar y el tiempo en el que estaba. El misterioso visitante le sentó en la misma silla en la que instantes antes estaba leyendo la carta.

– ¿Qué pensabas hacer con la información, chivato?

Sin ninguna duda la voz pertenecía a un hombre del este de Europa, pero él siempre procuraba mantenerse alejado de aquella gente. Nunca se cruzaba en su camino. ¿Por qué le molestaban ahora? Intentó recuperar un mínimo de dignidad a pesar de sentir cómo los dientes le bailaban un tango en la boca.

– ¿Qué información? Yo no soy ningún chivato...

Un nuevo puñetazo, capaz de nublar la vista de un elefante, impactó de lleno en su pómulo arrojándole contra la parte inferior de la ventana. Las estrellas se movían a la velocidad de la luz a lo largo de la sala de estar. Volvieron a colocarle en la silla.

– Sabemos que eres un soplón de la policía. Te hemos visto coger el sobre que el madero de paisano ha dejado en la calle.

– Pero ese sobre no es mío. Tan solo vi cómo lo dejó y fui a por él.

Un cuarto de hora antes, observaba desde la ventana a un hombre depositar un sobre en una grieta existente en el edificio abandonado que había frente a su casa. El instinto de cazar dinero a costa de lo que sea hizo que bajara con celeridad a por él. Que el destinatario no lo recibiera le daba lo mismo. ¿Quién sabía lo que podría contener aquel sobre?

Volvió a sentir como volaba izado por una gran tenaza que le agarraba del cuello. Por primera vez sus ojos le mostraban la imagen de los agresores. Dos enormes monstruos marinos con forma de hombre le observaban como quien mira un conejo diez minutos antes de ser asado.

– ¿Y piensas que nos vamos a tragar eso?

– Iiiiiiii.

Apenas pudo pronunciar la i latina muy bajito con aquella mordaza apretándole el cuello. El otro se acercó a la ventana.

– ¡Eh, Boris! ¡Mira eso!

Brutus, o Boris, como se llamara aquella especie de orangután, volvió a dejarle sobre la silla. Ambos atisbaron desde el ventanal como un hombre hurgaba en la misma grieta buscando algo. Se miraron fijamente y más tarde a Enrique. El que no era Boris se acercó a él y le colocó con mimo el cuello de la camisa.

– Si se te ocurre decir a alguien que hemos estado aquí volveremos. Que tengas buen día, choriciiiiillooooo. Jajajaja.

Enrique se desmayó con el pantalón empapado.

La mente de Gonzalo bullía golpeada casi siempre por las mismas palabras del padre al que apenas recordaba.



"Tú mataste a tu madre"

Por ellos

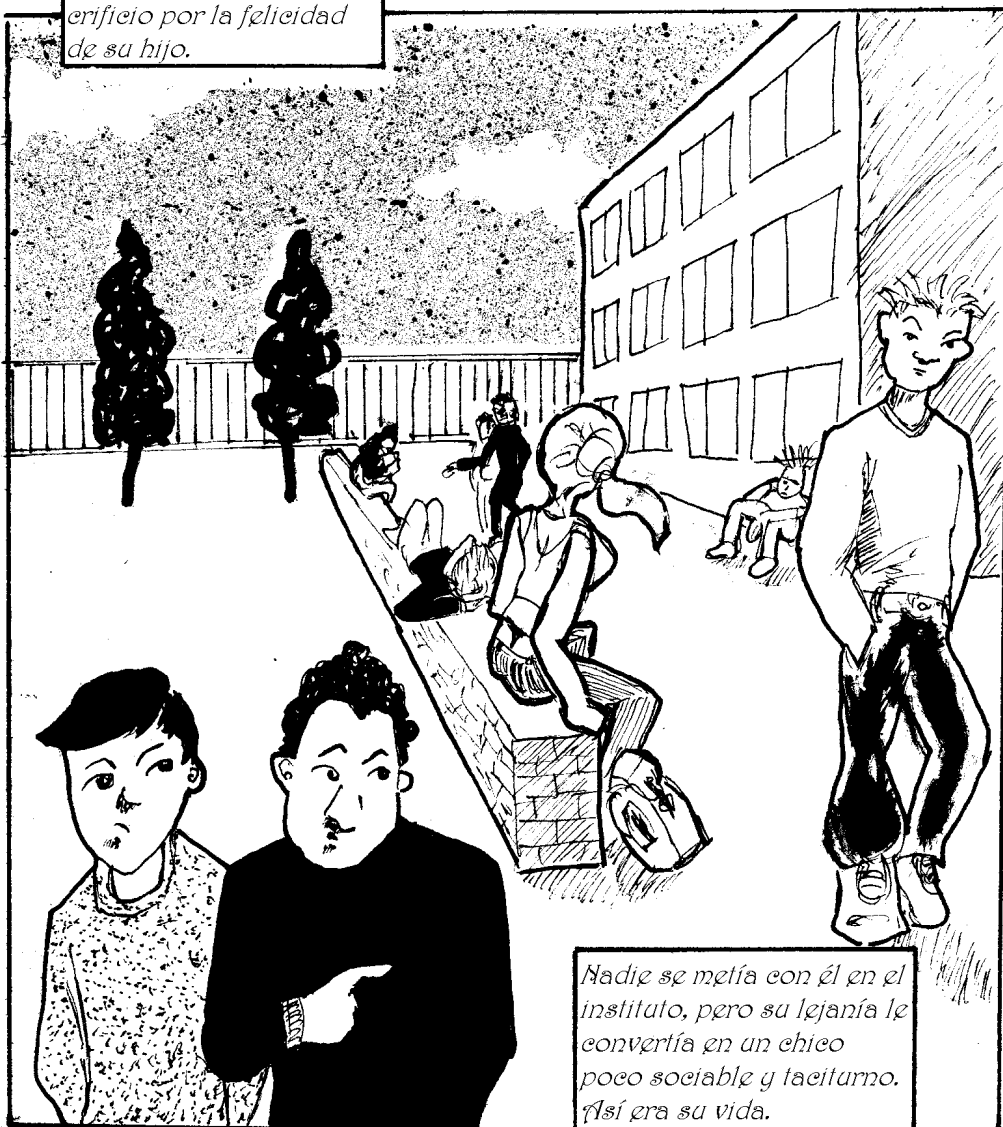
Ni una sonrisa, ni un abrazo cálido, ni un sacrificio por la felicidad de su hijo.

Guión: Bombi Dibujos: Charlie

De alguna forma, había adoptado la amargura del progenitor como suya y guardaba pocos amigos.



Intentaba ser el hijo modelo que cualquier padre hubiera soñado, colaborando en casa, guardando silencio sin pedir nada para sí y destacando en los estudios.



Nadie se metía con él en el instituto, pero su lejanía le convertía en un chico poco sociable y taciturno. Así era su vida.



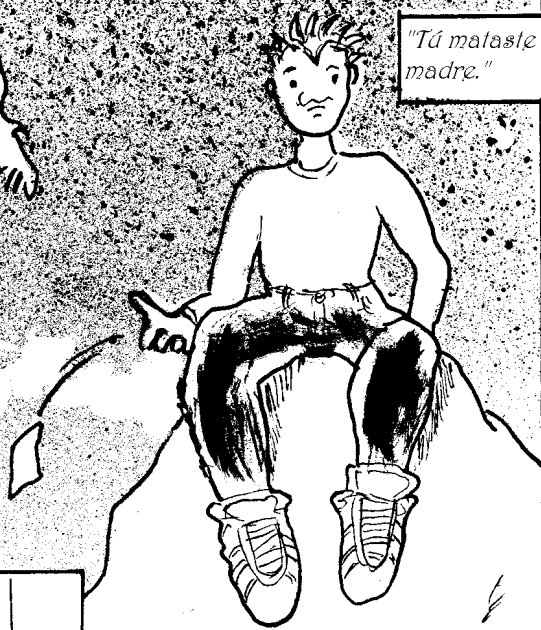
"Tú mataste a tu madre."



El viento olía a pino viejo, a monte, en el borde del abismo de roca en que se encontraba.

Amaba a su padre, a pesar del desprecio con el que le trataba a veces y de aquellas palabras que tanto le dolían.

"Tú mataste a tu madre."

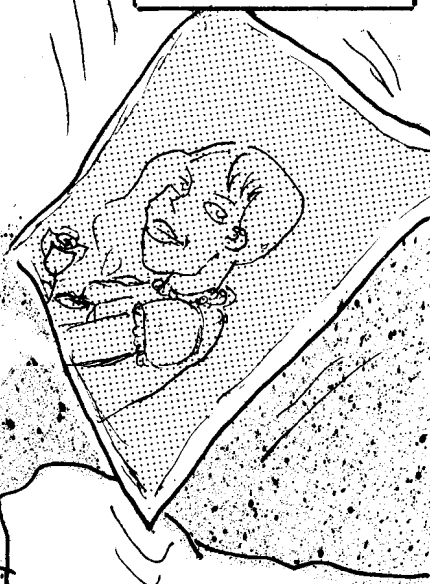


Pero el niño guardaba la sonrisa de una vieja imagen que pudo coger de casa de la abuela.



También la amaba a ella, aunque no la pudiera recordar. La que murió al nacer Gonzalo, de la que no había fotografías en casa.

Fue el amor el que empujó al chico a hacer lo que acababa de hacer. El amor por la mujer de la fotografía, por aquel hombre triste y, a veces, cruel.



Fue el amor el que movió sus brazos empujando la tristeza al barranco, provocando el reencuentro de los dos enamorados y compensando así el primer y fatal acto cometido en su vida.

Por amor a su madre.
Por amor a su padre.
Por ellos.

El puritanismo es innato a la sociedad norteamericana. Uno de sus postulados es la templanza en el comer y el beber. La Gran Guerra añadió las dosis de chauvinismo necesarias para provocar el rechazo a la cerveza alemana o, aunque ha sido menos estudiado por los historiadores, el café, ya que los yanquis habrían deseado un mayor apoyo de Latinoamérica en la contienda. “Nos las tuvimos que ventilar solos en Europa, ahora que se beban ellos su café” decía un famoso eslogan de la época. La influencia de los puritanos acabó calando hondo en el Senado y llegó la Prohibición.

La *Ley Modorra* supuso la proliferación de cafeterías clandestinas regentadas por siniestras gánsters (pues los hombres se conformaron con el menos agitado contrabando de alcohol) que importaban el grano de Brasil o Colombia en connivencia con algunos empleados de aduanas corruptos, aunque cuando el producto escaseaba no les temblaba el pulso a la hora de servir achicoria o malta en sus locales. Para estas individuos sin conciencia, la vida humana no tenía valor alguno y no dudaban en eliminar a quien se atreviera a obstaculizar sus oscuros negocios, ya fueran funcionarios o bandas rivales. Esta es la historia de la más sanguinaria de todas ellas, María del Mar Cilla, más conocida como:

BLOODY MARY-MAR

Pepo, el estrafalario



Había encerrado al todopoderoso Capone gracias a sus *intocables*. Estaba en la cúspide de su carrera y su popularidad no tenía límites. Pero Elliot Ness sabía que, hasta que Bloody Mary-Mar no estuviera entre rejas, no podría descansar por completo. Había reunido a sus mejores hombres en secreto, pues intuía que la mayoría de la policía estaba comprada por la gángster. Las manchas de café salen muy mal de los uniformes.

- Me han dado el soplo de que Mary-Mar planea entrar esta noche en una de las cafeterías de su principal rival, Teresa Imaza, y liquidar a toda la banda.
- Yo creía que la segunda en el negocio era Ivonne K –dijo Sean.
- Bueno, andan ahí ahí. Pero *Special K* (todos la llamaban así por su envidiable figura) lleva unos días fuera de la ciudad. Se dice que ha aceptado la “invitación” de Mary-Mar para seguir con sus trapicheos en otro Estado. Chica lista.

Elliot y sus hombres llegaron al local poco antes de la medianoche. En apariencia, se trataba de un whisky-bar (desde la derogación de la Ley Seca, había uno en cada esquina) donde la gente podía emborracharse inocentemente mientras disfrutaban de un buen concierto de jazz. Incluso había un par de tipos completamente ebrios peleándose con torpeza junto a la entrada, mientras otro echaba hasta la primera papilla en la esquina apoyado en un cubo de basura, que acabó volcando. Elliot señaló a sus incondicionales unos sospechosos restos que asomaban entre la basura; parecían mantillo para macetas.

- Posos de café –aclaró.

Entonces sacó un termo de la gabardina y salpicó el contenido sobre sus hombros.

- Es café. Por más que digan que de noche todos los gatos son pardos, para pasar desapercibidos aquí no basta con que hayamos venido vestidos de paisano.
- Joder, Elliot. Podías haberme dejado dar un chupo al menos, que vengo grogui. Desde que aprobaron la ley no levanto cabeza.
- Andy, no toques los cojones –le espetó Sean.

El portero les franqueó la entrada sin problemas y atravesaron aquella atmósfera cargada de humo como rompehielos en un glaciar, hasta llegar a la barra. El camarero era un tipo corpulento cuya mera presencia imponía respeto. Jugaba con la lengua a hacer aparecer y desaparecer un palillo entre los dientes y las bailarinas que llevaba tatuadas en los brazos bailaban mientras secaba los vasos con aquellas enormes manos peludas. Bajo su única ceja, unos dimi-

nutos ojillos pardos se movían constantemente en todas direcciones, de manera que uno nunca sabía si le estaba mirando.

- ¿Qué van a tomar los señores?
- Un gin-tonic.
- Un cubata.
- Yo nada, que estoy de ser... -Andy recibió un codazo de Sean en el hígado- ¡humpf! ...de servirme chupitos en casa un poco bolinga ya.
- Lo que mi amigo quiere decir es que a él lo que de verdad le apetece es algo más fuerte...
- ¿Orujo de hierbas? –propuso el camarero.
- Casi mejor me tomaría un Baileys –se animó Andy, antes de recibir un nuevo y definitivo codazo de Sean que le envió al suelo. ¿A quién se le ocurre pedir licor de café, así por las bravas?
- No se preocupen, ya les había oído –dijo el camarero llevándose el índice a la nariz, y Elliot se congratuló por la estratagema del termo-. Pasen por aquí.

Aquel mostrenco levantó el primer tramo de la barra, que estaba unido al resto por una bisagra a modo de portezuela, y les dirigió hacia un cartel que contenía la leyenda “cocina” pero que, en realidad, era la entrada secreta al antro de perdición más exclusivo de la ciudad. Unas escaleras metálicas bajaban hasta otro nivel, donde encontraron una nueva puerta tapada exclusivamente con una cortina de raso, defendida por un gorila al que el camarero gritó desde arriba: “Déjales, Joe. Son amigos”.

En el interior, el intenso aroma a grano torrefacto recién triturado llenaba el aire, embotando los sentidos. Elliot y los suyos pudieron reconocer al segundo teniente de alcalde acompañado por un par de señoritas demasiado jóvenes, al rector de la universidad y a alguna dama de muy buena cuna sentados como si tal cosa, al frente de sus platitos y sus tazas rebosantes de cafeína líquida pura. En el colmo de la depravación, el juez Smith mojaba galletitas de canela en su capuchino con la nariz manchada de espuma.

Elliot Ness reprimió a duras penas una arcada ante aquella orgía de corrupción y se sentó con sus hombres alrededor de una mesita retirada en un rincón poco iluminado. Al poco, una camarera ligera de ropa y con algún billete aún colgando de las ligas se les acercó bandeja en mano:

-
- Bienvenidos a “Mamá Inés”.
 - No somos negros, pero tomamos café –le siguió el juego Elliot.
 - ¡Qué original! Deja que lo averigüe... descafeinado manchado, con la leche del tiempo, unas gotas de anís y sacarina –farfulló ella con sorna.
 - Pues la verdad es que lo has clavado, guapa.
 - A mí un irlandés, con muuucha nata –comenzó a babear Andy, viendo que su jefe le daba vía libre por fin, sobre todo para evitar que le preguntaran cómo estaba tan bien informada la empleada.
 - Yo soy más clásico –afirmó Sean-: uno solo.
 - ¡Mmmm! Eres de los míos, vaquero –le guiñó un ojo y al agente especial se le fueron los suyos tras ella cuando les dejó para acercarse al mostrador donde media docena de jóvenes vaciaban y llenaban filtros a destajo, mientras las máquinas escupían vapor enfurecidas, anegando la estancia con su malsano efluvio pecaminoso.

En una de las mesas más próximas a la barra, Teresa Imaza brindaba por su éxito, taza en alto, con sus adláteres. Reían soeces a mandíbula batiente, regodeándose por la debilidad humana que las había colmado de todo tipo de riquezas materiales, como los visones y las joyas que exhibían sin pudor. Una de las más jovencitas mojaba su collar de perlas en el café y lo lamía antes de volverlo a introducir, en un diabólico juego lascivo que acabó por poner nerviosos a los recién llegados.

Justo en aquel instante, Elliot la vio entrar. Iba enfundada en su abrigo de piel de leopardo, todo menos discreta. Sin embargo, en aquel ambiente nadie solía reparar en el aspecto de los demás. Lo único que les interesaba era el vicio que les había conducido hasta allí, por el que no dudaban en poner en peligro su reputación e incluso su libertad, pues las penas que establecía la *Ley Modorra* eran también rigurosas con los consumidores. Pidió una tacita de moca y se sentó en el borde del asiento, dejando el bolso sobre la mesa.

- Es Juana Valdez, peligrosísima traficante colombiana y mano derecha de Mary Mar Cilla –dijo Elliot, poniéndose la mano delante de la boca.
- ¿Y viene sola a por esta banda de arpías? ¡Qué valor! –dijo Sean con admiración.
- No estés tan seguro. Debe haber muchas más, diseminadas entre el público. Lo raro es que aún no se hayan dado cuenta Teresa y compañía, aunque con la juerga que se traen entre manos, no me extraña. Preparaos para entrar en acción.
- Al menos, ¿me podría tomar primero mi café irlandés...? –se lamentó Andy, que ya sabía la respuesta- ¿...sólo un sorbito?

Antes de que Sean pudiera propinar un nuevo golpe a su colega, Juana abrió el bolso y sacó un pistola. Elliot y sus camaradas se precipitaron en busca de sus revólveres... para volverlos a guardar con el mayor disimulo en cuanto comprobaron que el de la colombiana no era sino un mechero de forma caprichosa, con el que acababa de encenderse un cigarrillo, que ahora colgaba al final de una laaarga boquilla.

- Típico de gángsters –dijo tras chasquear la lengua el azote de Capone.
- Son como niños –contemporizó Sean.
- ¡Ah, aquí viene mi irlandés! –celebró Andy.

El joven policía echó el azucarillo sobre la espuma y removió con mimo, para evitar que se desinflase, recogiendo con las fosas nasales todo el aroma del café entremezclado con el whiskey. Cuando metió los dedos en el asa, la palma de Elliot sobre la boca de la taza le impidió levantarla.

- Mira. La han pillado...

Teresa Imaza y sus secuaces se habían levantado y aproximado a la mesa de Juana Valdez, a la que ahora rodeaban sin que Ness y sus intocables pudieran intervenir. Elliot echó un vistazo a las restantes mesas, esperando detectar a las compinches de Juana antes de que comenzaran los fuegos artificiales, pero no hubo ninguna reacción... ¿Tal vez aún no habían llegado sus camaradas? Finalmente, Teresa y las demás se sentaron alrededor de Juana y una camarera se acercó solícita para recibir su encargo. Al rato, todas charlaban amigablemente, mojando churros en el café con leche como si fuera chocolate.

- Ahora lo entiendo. El chivatazo que me dieron no era del todo correcto –dijo Elliot, rascándose una ceja.
- La Valdez se pasa al bando contrario. Aunque también puede estar fingiendo para infiltrarse, estas cosas nunca se sabe cómo son hasta que terminan... -añadió Sean.
- ¿Puedo pedir otro irlandés? –preguntó Andy, recibiendo una colleja de Sean por toda contestación.

Fue apenas una fracción de segundo. Lo suficiente para que Elliot volcara la mesita de una patada mientras sacaba el revólver de la gabardina para parapetarse tras ella antes de que comenzara la fiesta. Vio su rostro reflejado en el espejo junto a la cafetera express más cercana a ellos, justo antes de que se agachara bajo el mostrador. Era ella: Bloody Mary-Mar en persona, disfrazada de camarera.

Cuando volvió a subir llevaba una recortada entre los brazos escupiendo fuego, como las demás camareras tras la barra, y el mobiliario del salón volaba hecho astillas por el aire, envuelto en humo. El aroma del café cedió su sitio al hedor de la pólvora quemada y las improvisaciones del pianista al estruendo de las detonaciones. El público se arrastraba bajo la lluvia de plomo y los que conseguía llegar a la puerta salían corriendo despavoridos. Juana Valdez había aprovechado el momento de desconcierto inicial para apuñalar por la espalda a la líder de la banda rival pero, antes de que consiguiera huir, otra de las gángsters la derribó de un disparo. Las bajas se fueron sucediendo en ambos bandos y la sangre corría por el suelo formando luctuosos regueros de muerte.

Cuando Ness y sus hombres pudieron ver a qué apuntaban, al irse despejando el humo, ya sólo quedaba en pie una magullada Bloody Mary-Mar, a la que no quedaba suficiente munición en la recámara para acabar con aquellos entrometidos.

- Mary Mar Cilla, queda detenida por tráfico de sustancias prohibidas, asesinato en primer grado, asociación ilícita para delinquir, evasión de impuestos y por insinuar que el senador Murphy no sabe combinar corbatas y camisas. Tiene derecho a un abogado, tiene derecho a guardar silencio...
- Vale, vale. Corta el rollo, *madero*. Y no te pongas tan chulito, que te hemos hecho todo el trabajo nosotras.

Mientras Elliot le ponía las esposas y Sean buscaba infructuosamente supervivientes, Andy localizó tras la barra la trampilla que daba acceso al almacén donde Teresa Imaza guardaba el grano antes de molerlo.

- Eh, Elliot. Mira lo que hay aquí.
- ¡Vaya! —dijo Ness después de enviar a Sean con la prisionera a la planta superior, donde ya se oía aullar a las sirenas de los coches-patrulla-. Eso es un alijo y lo demás son tonterías.
- ¿Qué crees que harán con él?
- Pues quemarlo, por supuesto.
- Es una lástima. Con lo bueno que está...

El juicio de Bloody Mary-Mar fue bombazo mediático. La cruel mafiosa tenía amigos muy importantes en el mundillo de la política que la habían adiestrado en el milenar arte marcial de la Kara-Teja.

- ¿Asesinó usted a sangre fría a sus rivales? –preguntó el fiscal, sin más rodeos.
- ¿Me ve capaz de liquidar yo sola a una peligrosa banda de traficantes armadas hasta los dientes? –se volvió hacia el jurado exhibiendo los bíceps, arrancando una carcajada general.
- ¿Ordenó usted asesinar a sangre fría a sus rivales? –rectificó- ¿Hizo disfrazarse a sus compinches de camareras para infiltrarse en el cubil de la banda de Imaza y así poder masacrarla a voluntad? ¿envió a Juana Valdez a apuñalar a Teresa?
- Todo es falso, salvo alguna cosilla. Esa persona de la que usted me habla ha sido expulsada de la banda. Una persona no son todas las personas –se volvió de nuevo al jurado-, y todos los que estamos aquí no somos responsables de su conducta –es lo que en karateja se denomina “defensa gallega”.
- Todos no, pero ¿no es cierto que usted la nombró como su lugarteniente?
- Es cierto. No quiero ni puedo eludir la responsabilidad que me corresponde en el nombramiento de la señora Valdez. Por eso, quiero pedirles perdón a todos ustedes, aunque debo dejar claro que, si hubiera tenido la más mínima sospecha de lo que pretendía, habría actuado inmediatamente –la “defensa cañí” perfecta.
- Señora... Lamento ponerla de *mal café* pero la pena por cada asesinato son veinte años.
- Pero ¿es que no ha oído que he pedido perdón?

El juez ordenó un receso de quince minutos y administró calmantes a algunos miembros del jurado que pidieron ser relevados porque no podían refrenar sus instintos de arrojarle al cuello de la acusada. Finalmente, fue declarada culpable de todos los cargos que se le imputaban y encerrada en una prisión de alta seguridad. Queremos aprovechar para desmentir los rumores de que Instituciones Penitenciarias le hubiera concedido el tercer grado a los 95 días de encierro por buena conducta. Desde el Ministerio del Interior nos aseguran que el bulo es obra de los mismos conspiradores que dicen que el ministro tiene acciones de Ivonne K, S.A. en un banco suizo. Y, por cierto, hemos aprovechado para interesarnos por la última leyenda urbana y, por lo visto, también es completamente falso que Nescafé tenga nada que ver con Elliot Ness.

SOY
DETECTIVE
PRIVADO...

UN HOMBRE ME
CONTRATÓ...

ALGUIEN
SIGUE A MI
CLIENTE...

ALGUIEN
LE
AMENAZÓ

Y NUESTRO
PERSEGUIDOR
SIEMPRE VA
VESTIDO DE
NEGRO....

¿MÁS
CAFÉ?

CLARO.

BUENOS DÍAS, SEÑOR.....

NO DOY MI NOMBRE
A DESCONOCIDOS.

HAGA LO QUE QUIERA, PERO
ME TERMINARÉ MI CAFÉ Y
SEGUIRÉ TRABAJANDO.

¿ME DEJA INVITARLE A
LO QUE ESTÉ TOMANDO?





¡LOS VÍ
POR UN
INSTANTE!
¡OÍ SUS
GRITOS
POR UN
INSTANTE!

YO NO
PUEDO ACUDIR
A LA POLICÍA...
NO...NO
QUIERO INMIS-
CUIRME, SEÑOR.



¡NO SÉ LO
QUE ME QUIERE
DECIR!



¡SÍ LE DIGO QUE
VÍ UN PLATILLO...



PERDONE, YO NO ME
DEDICO A ESTO.

¡TIENE QUE
PROTEGERME!



¡NO SOY
UN
GUARDA
ESPALDAS,
SOY UN
DETECTIVE!

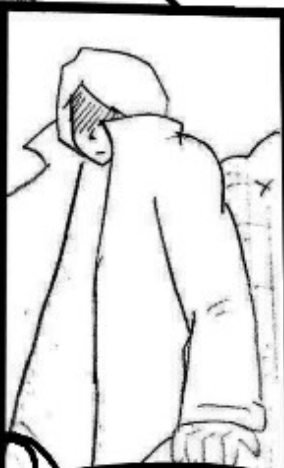
¡SÍ... ELLOS ME
VIGILAN... ¿CÓMO
LOS LLAMAN...?
HOMBRES DE
NEGRO...



¡OH, VÁYASE
A LA MIERDA! Y ADE-
MÁS, QUE
YO SEPA LA
TEORÍA DI-
CE QUE NO
SON DEL
GOBIERNO!



ÉL TIO QUE
HOY ME HABLÓ
DEBÍA DE SER
DEL GOBIERNO.
LLEVABA ACRE-
DITACIONES.



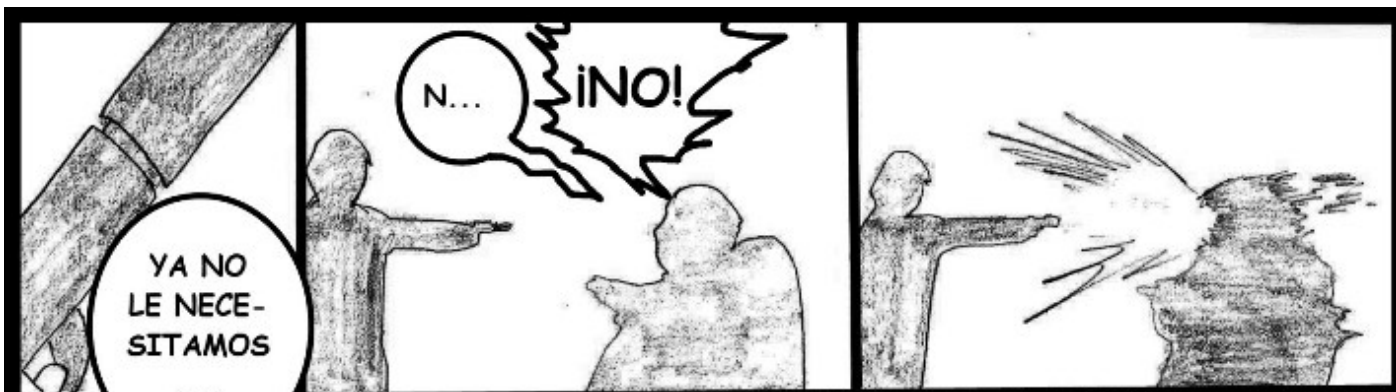
MENOS MAL
QUE USTED NO
ME HARÁ NADA.



¡MENOS MAL
QUE USTED ME
PROTEGERÁ!



AL MENOS
SABEMOS
QUE LAS
PERSONAS
DEL GOBIER-
NO SABEN
QUIENES
SON ESOS
HOMBRES DE
NEGRO...
SABEN
QUIENES
SOMOS...



YA NO
LE NECE-
SITAMOS
....

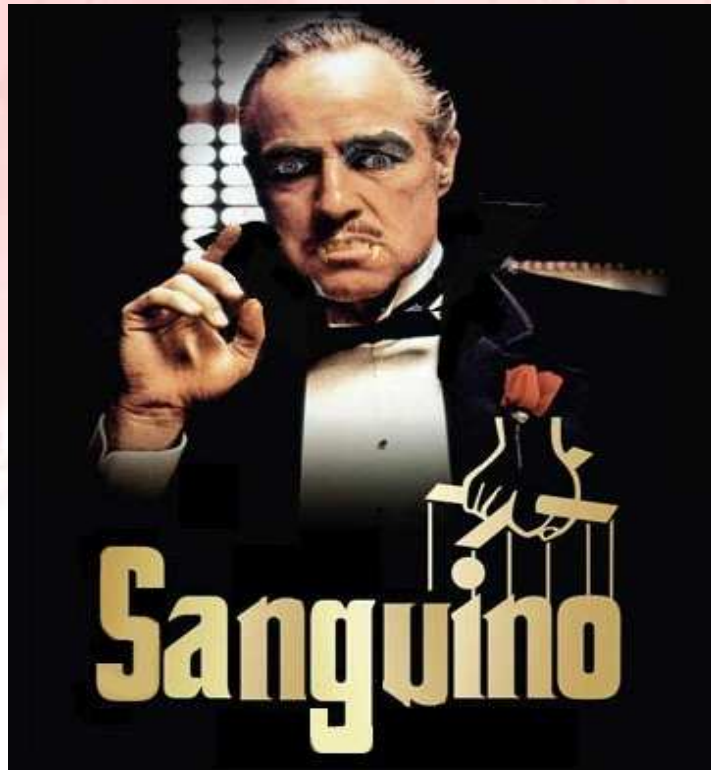
N...

¡NO!



GRACIAS
A USTED
AHORA SABE-
MOS UNA
COSA
MÁS...

Y USTED
UNA COSA
MENOS
....



Bombi Charmer

Los nervios me atenazan camino de la gran mansión de Scapularix. El siniestro vehículo que me lleva atenúa la marcha para girar a la derecha, lejos de cualquier vestigio de civilización. No hay marcha atrás. Muy pronto estaré ante uno de los seres más temidos del país.

Por fin, el vehículo se detiene ante la mansión. El gigante albino que hace de chófer me abre la puerta sin dirigirme la mirada. Si por él fuera me echaría del coche con una patada en el trasero, pero guarda las formas. Bien por mí. Yo también procuro conservar mi compostura imaculada. Me coloco el cuello del chaquetón con aire digno y camino en dirección a la gran puerta.

Se abre. Mi rostro encara una leyenda del terror cuando me encuentro frente a Plasmin, la mano derecha de quien me ha llamado. El rostro repleto de cicatrices, los tornillos en las sienes...

Intento escapar desesperado, perdiendo toda la dignidad en un momento, pero el albino esperaba mi reacción. Nadie huye de las grandes tenazas que suponen sus grandes manos.

— ¡No, por favor! Yo no he hecho nada. Soy inocente. Haré lo que queráis.

Palabras vacías para quienes están hartos de presenciar escenas como la mía. Ambos sonríen mientras me arrastran escaleras arriba. Pataleo, gimoteo, suplico... sin esperanza, a la vez que los grandes escalones de mármol me golpean sin misericordia.

De repente se detienen ante la puerta de un despacho. Sé quien está detrás. La realidad se rasga cuando las grandes hojas se abren invitándome a pasar. Me pongo en pie procurando recuperar una compostura inexistente. Tras la mesa, sus ojos escrutadores me examinan sin atisbo de piedad.

Él es el gran Sanguino, el vampiro gángster más poderoso de todos los vampiros gángsters. Me hace una seña para que me acerque. Dejo que me taladre con la mirada. La sostengo. Le hago ver que no le temo, apretando las piernas. Si ve mi mancha en los pantalones estoy perdido.

- ¿Qué hace un zombi periodista como tú en mi ciudad?

Pretendo hacerme el zombi tonto poniendo una mueca de ¿dónde estoy?, pero no funciona. Plasmin me da una colleja importante que provoca que escupa bilis sobre la mesa.

- Joderrrr, qué asco.
- Lo siento, Señor Sanguino.
- Bueno, el caso es que ha llegado a mis oídos que merodeas los antros de Hemoglov.

¡Así que era eso! Hemoglov es el licántropo gángster enemigo de Sanguino. Se procesan odio eterno y las batallas entre bandas suelen ser terribles. En una de ellas murió mi padre, el hombre que me contagié con su mordisco el virus del zombi inteligente. En realidad yo busco venganza, pero verme en las redes de Sanguino a las primeras de cambio me sobrepasa. He llamado su atención demasiado pronto. Contesto con la soltura propia del virus que atesoro.

- No es verdad. No conozco nada de la ciudad. Si he estado allí es por casualidad.
- ¡Plasmin! ¿Me ha parecido a mí, o me acaba de llamar mentiroso este mequetrefe?
- No, no, yo...

Plasmin saca el revolver y me pega un tiro en la pierna que hace saltar parte de mis corrompidos músculos. Le miro con desdén.

- ¿Eres tonto? ¿No ves que soy un zombi y que no me duele?
- ¿A que te disparo otra vez y te dejo sin pierna?
- ¿A que te quito un tornillo y se te salen los sesos?

Mi tono burlón sorprende a la terrible leyenda, que se queda estupefacto. Sanguino parece impacientarse. Su silueta impone cuando se pone en pie, con el rostro parcialmente cubierto por la gran cabellera rubia. Entonces llora como un niño abrazado a mi cuello. Para ello debe de agacharse casi medio metro.

-
- Sniff. ¿Entonces no has venido a hacerle una entrevista? Estoy harto de que salga en todas las revistas poniéndome verde. No lo soporto. Nadie me entrevista a mí. ¿Por qué?
 - Porque ignoran la valía que se esconde tras vuestro siniestro ser. Estoy seguro de que si se abriera a los demás las injurias de Hemoglov carecerían de fundamento.

Mi verborrea vírica funciona a la perfección. Quizá aún estoy a tiempo de sacar algo en claro.

- ¿Tú me harías una entrevista?
- Claro, pero siempre que nos quedemos a solas. Una entrevista en profundidad requiere de un ambiente de confianza.

Sanguino hace un gesto casi despectivo con la mano y la mula vampírica desaparece junto al monstruo hecho a pedazos. Es mi momento. Tanteo el chaquetón. La estaca y el martillo están ahí, junto a la pistola con las balas de plata para su contrincante. Se da la vuelta en dirección al sillón. Al ver su espalda no lo dudo y echo mano a la estaca. Se atasca en el bolsillo. No sale. Tiro desesperado, pero él ya se ha dado la vuelta y me mira extrañado.

- ¿Puedo saber qué haces peleándote con ese abrigo horrible que llevas?
- Intento sacar mi libreta, Señor Sanguino, pero no sale.
- Deja que te ayude.

Procuro detenerle con la mano, pero es muy veloz y fuerte para mí. Introduce la mano y saca la estaca.

- ¿Para qué quieres esto? ¿Pretendes matar a alguien con esta cosa?
- No señor. Es madera de sauce. Sirve para mantener mi podredumbre a punto. Me restriego así con ella y mi piel aguanta más.

Por supuesto que no sale como espero. En mi afán por demostrarle al poderoso gángster la nueva utilidad de mi estaca, aprieto tanto que me arranco un trozo de piel. Espero el estallido de Sanguino con resignación, pero no se produce.

- Seguro que está caducado. Supongo que no tienes ni un duro. Pobre diablo. ¿Para qué periódico trabajas?
- “La verdad viscosa”, señor.
- ¿Esa basura viscosionalista? ¡Pero si ha cambiado de director dieciocho veces este año!
- Se nos pudren, Sr. Sanguino, pero le aseguro que nuestros lectores nos siguen siendo fieles.

Con naturalidad, el temible gangster examina la estaca curioso, dándole vueltas frente al pecho. Si un servidor no fuera un zombi hecho y derecho sufriría de sudor frío, pero, como todo el mundo sabe, los zombis no sudamos. Tampoco nos dan infartos, por lo que no termino de entender por qué me duele el pecho. Tal vez porque imagino la estaca clavada en él. Las pupilas escarlata de Sanguino se dilatan cuando vuelve a dirigirse a mí.

- ¿Estás intentando darme gato por liebre? ¿Acaso crees que no sé para qué sirve este artilugio?

No sudo, pero como si lo hiciera. Intento pensar lo más rápido que puedo, aunque el virus no parece dar para tanto.

- Señor, examínelo otra vez. Verá usted que sirve para lo que le digo.

Vuelve a girarlo ante sí buscando algo que no sé qué es. Cuando, al fin, coloca la punta contra su pecho, me arrojo sobre él con objeto de empujarlo con todas mis fuerzas, mas la pierna herida me falla y acabo tendido boca abajo sobre la mesa que nos separa. Me acabo de comer el pisapapeles. Mal asunto. Dos puntos colorados me apuntan a escasos centímetros del rostro.

- Eres muy raro. ¿Qué haces ahora?
- Eztoy mien, zeñó.

Escupo con gracia los pocos dientes que me quedan, mientras rebusco en los restos de mi cerebro una salida. Por fortuna, no me duele.

- Idtedto ved dedde otdo pdidba du beddodalidad.
- No sé que coño dices. ¿Ves algo así?
- Dí.

Por muy sorprendente que parezca, el temible gangster, más tonto de lo que suponía, posa la estaca sobre la mesa y se dispone a tumbarse sobre ella. Para mí resulta fácil orientar el madero hacia su pecho un instante antes de que deje caer todo su peso sobre él. Apenas susurra un “hijo de p...” y cierra los ojos. Me aplasta el brazo. Entonces valoro la posibilidad de pegar un tirón y dejárselo de recuerdo, pero en ese momento comienza a desintegrarse. Logro liberarme, saliendo del despacho con cierto aplomo y la boca cerrada para no levantar sospechas. No hay rastro de Plasmin, mientras que el gigante albino aguarda junto a la puerta de salida. No nos miramos ni cruzamos palabra alguna, por suerte para mí.

Estoy fuera. Ahora le toca a Hemoglov, claro que esa es otra historia.

EL HOMBRECITO AZUL

Félix Jaime

Gustavo cogió al hombrecito azul y acarició su mejilla con la cabeza del muñeco. Tuvo una repentina sensación de bienestar. La calma, la paz, y una cierta laxitud mental, se apoderaron de su espíritu con la misma fuerza que si se hubiera fumado una pipa de opio.

El hombrecito azul acompañaba a Gustavo desde su más tierna infancia. Se trataba de un muñeco de tela que le había hecho su madre, con la forma de un ser humano, los brazos y las piernas ligeramente abiertos, la cabeza redonda y ningún rasgo que le caracterizara. Ni orejas, ni ojos, ni ningún otro elemento que sobresaliera de aquella superficie clara y limpia. Un trozo de tela azul claro, liso, formando un cuerpo que se deformaba, y recuperaba después su forma, gracias al sabio relleno, mezcla de arroz y serrín, que le había colocado la madre de Gustavo en las entrañas.

Al principio eran los dos casi del mismo tamaño. Cuando llegaba del colegio, Gustavo subía directamente a su habitación, agarraba al hombrecito azul, al que por aquel entonces llamaba “el pelele”, y le sometía durante más de dos horas a una soberana paliza, compuesta principalmente de puñetazos, mordiscos, estrangulamientos y temibles llaves de una especie de jiu-jitsu inventado por Gustavo, cada vez más perfeccionadas, que acababan con el pobre muñeco estrellado contra el techo o contra el marco de la pesada puerta de madera de la habitación. Gustavo, criaturita, se enardecía ante la pasividad del “pelele”, que encajaba las torturas de su amo con un estoicismo digno de figurar en cualquier tratado de filosofía. Lejos de apiadarse de su esclavo, Gustavo proseguía con sus vejaciones hasta terminar literalmente agotado, sudoroso y satisfecho de su supremo poder sobre el muñeco.

La beatífica sonrisa que caracterizaba sus momentos de paz interior, se dibujó en el rostro de Gustavo, y ya no se borraría en una larga temporada. Se probó el smoking, que le quedaba perfecto, se colocó la pajarita, se ató los cordones de sus perfectos zapatos de charol negro, y todavía le sobró tiempo para darles un par de consejos a sus padres, en especial a su madre, la madrina. Miró su magnífico reloj Patek Philippe. Todavía sobraba tiempo. Se permitió el lujo de volver a su habitación a darle el último abrazo al hombrecito azul.

Las palizas al muñeco fueron perdiendo intensidad a medida que Gustavo crecía y el muñeco se le iba quedando pequeño. Algún estudioso de los recovecos de la mente humana hubiera podido aventurar una teoría, tal vez un cierto sentido de la decencia que se iba desarrollando

poco a poco en el privilegiado cerebro de Gustavo, que comenzó a despuntar en el colegio gracias a su inteligencia y a su desarrollada capacidad para las matemáticas. Debía de parecerle un signo de crueldad innecesario ensañarse con algo que no le podía responder, y además de un tamaño cada vez más inferior al suyo. El caso es que, un buen día, Gustavo agarró del cuello a su hombrecito azul, pero en lugar de soltarle la bofetada de rigor, le sentó con sumo cuidado en la almohada de la cama, y se limitó a observarle. Jamás volvió a darle una paliza a aquel trozo de tela, que con tanta resignación y piedad cristiana había soportado su salvajismo durante todos aquellos años.

Todo transcurría según lo previsto. Su padre condujo el Audi de un modo perfecto hasta Los Jerónimos, a pesar de la incipiente demencia senil que se iba apoderando de su cerebro. Su madre, nerviosa como un flan, estaba radiante con aquel vestido de Pedro del Hierro. Sus compañeros de carrera, ingenieros de caminos como el, le recibieron con los brazos abiertos y abrazos de felicidad. La Iglesia, luminosa, parecía contenta de albergar su enlace con Rebeca Sotillos, la hija del famoso armador Francisco Sotillos, a la que había conocido mientras ambos estudiaban su master de dirección de empresas en Boston.

Rebeca llegó radiante, como un sol esplendoroso. La ceremonia se desarrolló de forma tranquila y reposada. La sonrisa de Gustavo había conseguido transmitirle a la novia la misma paz de la que disfrutaba el novio. Todo el mundo estaba tranquilo y contento aquella tarde. Hasta la madrina, que se había mantenido como un flan hasta llegar a la iglesia, parecía ahora mucho más sosegada.

Y después de la ceremonia, la cena, en el Casino de la Calle Alcalá, con sus entraditas de diseño y sus menús artísticos. Los invitados recibían cada plato con un “ooooohh” de admiración, y algunos, los más atrevidillos, se permitieron incluso el lujo de aplaudir a la llegada del postre, un suflé coronado con tejas de trufa y láminas de turrón caramelizadas. Aplaudieron de una forma sutil y elegante, por supuesto.

Todo se desarrolló según lo previsto, sin estridencias, con la elegancia propia de los amigos y familiares de una pareja con tanta clase y savoir-faire como la formada por Gustavo y Rebeca. Los discursos que dieron los mejores amigos de la pareja, llamando la atención de los invitados con ligeros tintineos en las copas de cava, tuvieron una altura sentimental fuera de lo común. El que ya no estuvo tan acertado fue el padre de Rebeca, el armador, que había abusado bastante del Pesquera y desbarró un poco al tratar de hacer ver a todo el mundo que no perdía una hija, sino que ganaba un hijo.

Los invitados fueron abandonando poco a poco los abigarrados salones del Casino para bajar a la discoteca, en el sótano del edificio, donde se sirvió una barra libre compuesta de los más prestigiosos licores de marca. Rebeca y Gustavo aprovecharon el álgido momento de la Conga de Jalisco, que se dejó escuchar a altas horas de la madrugada, para despedirse tímidamente de sus familiares y amigos y abandonar la fiesta que se había montado en su honor.

Tampoco se borró la beatífica sonrisa del rostro de Gustavo durante las cuatro semanas siguientes, en las que la pareja disfrutó de un soberbio viaje a la Patagonia, Japón y la costa Oeste de los Estados Unidos, financiado casi en su totalidad por el adinerado padre de Rebeca. Durante los gloriosos momentos en los que los naturales escarceos amorosos de la pareja remitían, tuvieron la ocasión de contemplar con sus propios ojos algunas de las zonas más desca-radamente bellas de todo el planeta.

A su vuelta a la realidad, con el cansancio acumulado del viaje de novios, la pareja se tomó un par de días de descanso en la casa del barrio de Salamanca que habían comprado para desarrollar, como mandaban los cánones, su vida en pareja. Al final del merecido descanso, prodi-garon las visitas a sus respectivas casas, durante una semana más, al objeto de recuperar su objetos amados. La extensa librería del salón, de más de veinte metros cuadrados, albergó sin problemas la colección de libros, tanto técnicos como lúdicos, que cada uno de los contrayen-tes había ido acumulando a lo largo de su vida. Los amplios armarios tampoco tuvieron ningún problema para guardar en su interior el extenso catálogo de ropa de marca de cada uno de ellos.

El domingo por la tarde, Gustavo sacó por fin al hombrecito azul de su bolsa de viaje, y lo colo-có en la cama de matrimonio, entre los dos cojines, sobre el edredón decorado con flores de lis y tulipanes reales. Rebeca entró en aquel momento en la habitación.

- ¿Qué haces?
- Pues mira. Colocar al hombrecito azul.

A Gustavo le pareció que el rostro de Rebeca, tan radiante desde hacía más de un mes, se en-sombrecía de repente y adoptaba una extraña expresión, mezcla de asco y tristeza, al tiempo que le decía:

- Pero Gustavo, por el amor de Dios, digo yo que el hombrecito azul no pega mucho con el edredón de La Redoute, tienes que comprenderlo...

Aquel fue el preciso momento en el que la beatífica sonrisa de Gustavo se borró de su rostro para siempre.

La policía irrumpió en la vivienda, avisada por las nerviosas llamadas de varios vecinos que, dado su estatus, no estaban acostumbrados a convivir con los salvajes gritos que se habían dejado escuchar, apenas una hora antes, procedentes del piso de Gustavo y Rebeca. Al avezado oficial que llegó en primer lugar al dormitorio de matrimonio, el corazón le dio un repentino vuelco en el pecho, al tiempo que le temblaron tanto las piernas, que no le quedó más remedio que sentarse a la orilla de la cama, agarrándose con las dos manos al edredón para no caerse. Los dos oficiales que le acompañaban, más bisoños que su compañero, tuvieron el tiempo justo para darse la vuelta y vomitar sin ningún pudor, y sin poder contenerse, sobre la soberbia tarima de madera antigua que algún decorador de alta cuna había colocado en las habitaciones nobles de toda la casa.

Lo que apenas unas horas antes había constituido el cuerpo lleno de vida de una persona de gran belleza llamada Rebeca Sotillos, colgaba ahora, como un amasijo informe, de la barra de hierro fundido de la que caían las cortinas. Gustavo se las había arreglado para ensartarla, como en un espetón, cogiéndola en vilo y empujándola brutalmente contra el extremo puntiagudo de la barra. No contento con eso, le había descerrajado el estómago, y esparcido los intestinos desde su posición hasta la lámpara de araña del techo de la habitación, de la que pendían oscilantes, sanguinolentos y todavía templados, como si de unos macabros adornos de feria se tratara. Gustavo contemplaba su obra sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en el lateral de la cama y el hombrecito azul firmemente abrazado. Sus ojos, vacíos, contemplaban las dos palabras, al principio incomprensibles para el policía, que había escrito en la pared con la sangre de Rebeca: "Hombrecito azul".

Cuando le encerraron, sin que nadie se hubiera preocupado de arrebatarse de los brazos al hombrecito azul, Gustavo pasó su mano por las suaves paredes acolchadas de la celda.

- Mira. Vamos a ser felices aquí, hombrecito. Son azules. Como tú.

EL CULPABLE

Por Alberto Miguel

Eran días malos. La crisis económica me había obligado a cerrar mi negocio, mi mujer me había abandonado, y no me llegaba el dinero para subsistir. Además, los agentes inmobiliarios de la empresa Brown & Company me agobiaban para que pagase la deuda que, mes tras mes, aumentaba. Todo esto curtió mi carácter, transformándome en un hombre agrío, sombrío y ausente. Mi orgullo no me permitía pedir nada de dinero, y más de una vez me había visto obligado a robar. Tenía varios antecedentes policiales, pero había conseguido estar libre. Aprovechaba la oscuridad y soledad de la noche para salir y reflexionar, cosas que, en mi piso alquilado y con vecinos ruidosos, no me podía permitir por el día. Un día de mediados de noviembre, me encontraba en su casa, fumando pausadamente, disfrutando cada inhalación como si fuera la última. Era uno de esos momentos que no podía desperdiciar. Y, en medio de esa atmósfera de relajación, el timbre sonó, rompiendo el silencio imperante. Resignado, me levanté y, desconfiado, observé a mi visitante por la mirilla. Al instante reconocí la americana en la que se hallaba el logo de Brown & Company. Enfurecí. Estaba cansado de que los agentes inmobiliarios, con todo su dinero, exigiesen a pobres como yo pagarles un dinero que no podía conseguir.

-¡Lárguese! ¡Le he dicho que ya le pagaré!

-Tranquílcese, por favor –dijo el hombre, con ese falso acento cordial-. Sólo quiero hablar.

-¡Ya he hablado suficiente con ustedes!

-Soy el señor Brown. No le recomendaría esta bienvenida.

Maldición. El mismísimo director había venido a incordiar-me con sus palabras cuidadas y su orgullo pestilente. Me vi obligado a abrir la puerta. Nos intercambiamos una mirada que no auguraba nada bueno. Estaba decidido a mantenerse firme ante cualquier trato sucio que quisiera proponerme el señor Brown. Al final, se adentró en mi piso, acomodándose en una silla. Cerré la puerta lentamente, mientras exhalaba el humo del cigarro.

-Veo que no está muy contento de verme, Hert –dijo el señor Brown, observándome con astucia y sospecha.

-Tal como están las cosas, no suelo alegrarme con visitas –dije dirigiéndome a la cocina. Intentaba no aparentar ningún sentimiento de debilidad o de nerviosismo.

-Me gustaría comentar con usted una cosa. Seguro que sabe a qué me refiero.

-Por supuesto. Ya le he dicho que se lo daré.

-Eso lleva diciendo dos meses seguidos, y ya me parece algo excesivo. ¿Acaso intenta liarme?

-No, señor, pero le recuerdo que no todos vivimos en su misma condición.

-Esté en la condición que esté –dijo incorporándose con gesto altivo-, hemos decidido que pague antes de una fecha límite. Cinco días. Si no ha pagado entonces, ya sabe qué le espera.

-Pero señor...

-Buenos días –dijo mientras salía por la puerta.

Me recosté sobre el sofá, todavía con el cigarrillo en mano. Sabía que no podía conseguir el dinero. Pero también sabía que si no pagaba me iría a la calle. Y no lo permitiría. Pasaron los días. La noche anterior al día límite, decidí salir. No era una noche apacible. Diciembre estaba a las puertas, y el frío corría libremente por las calles. Se anunciaba tormenta. Me dirigí al casino donde el señor Brown solía trasnochar. Cuando llegué, le encontré borracho, apostando sin sentido. Le pedí que saliésemos a hablar. Al principio no me reconoció. Salimos afuera. La tormenta había comenzado. El señor Brown, borracho y sin sentido, se me acercó y me reconoció. Mejor. Así sabría quién iba a ser la última persona a la que había intentado destrozar. Saqué el cuchillo, y con toda mi furia le apuñalé. En ese momento sentí una emoción que no había experimentado antes. Salí de allí, escondí el cuchillo y comencé a caminar de regreso a mi casa. Empecé a preocuparme. ¿Y si la policía me pillaba? Entonces vi al coche de policía conduciendo velozmente con la sirena a todo volumen. Maldición. Corrí hacia casa, pues un sentimiento frío me invadía, y no era por la tormenta. Las calles estaban vacías. Claro que, a esas horas de la noche, no había mucha gente que saliera. Llegué a casa y me recosté sobre mi cama. No dejaba de oír la sirena en la calle. Había estado días planeando el asesinato, pero no sabía qué hacer ahora.

Al día siguiente, la portada de los periódicos me provocó pánico. Informaba sobre la muerte del señor Brown. Empecé a caminar sin rumbo fijo, intentando aislarme de todo. Pero la policía vigilaba concienzudamente las calles, y no me sentía seguro. Al regresar a mi casa, encontré a un agente de policía esperando en mi puerta. El terror me inundó el alma. Intenté disimular mi inseguridad. El policía, con gesto afable, me dijo:

-¿Es usted Herf Robinson?

-Así es –dije, controlando mi timbre de voz.

-¿Le importaría que charlásemos un rato?

Abrí la puerta lentamente. Entré y respondí:

-Siéntase como en su casa.

Pasó decidido. Le estudié a fondo. Llevaba una gabardina que le llegaba hasta las rodillas, y un sombrero bastante usado. Su gesto no parecía violento, pero no parecía ser un simple agente.

-Deje que me presente. Soy el inspector James. Me gustaría hablar con usted porque me han informado que el señor Brown le visitó días antes del crimen.

-Tiene razón. Vino a ofrecerme un contrato.

-¿De qué se trataba?

-Nada importante; simple papeleo comercial. El señor Brown quería comprar una propiedad mía, y los dos acordamos el precio.

-Según su informe, usted tiene varios antecedentes penales.

-He cambiado, inspector. Esa vida ha acabado.

-Mmm. ¿Dónde ha dicho que tenía esa propiedad?

-En Liverpool, cerca de aquí.

El inspector empezaba a sospechar. Me entró el pánico. Si me pillaban, me condenarían a muerte. Así que me decidí a no permitirlo. Di dos pasos hacia atrás y me abalancé sobre él. Le propiné varios golpes. Forcejeamos en el suelo, y yo intentaba evitar que sacase su pistola. Cuando la sacó, le golpeé en la mano, y la pistola quedó en el suelo. La cogí, y le disparé. Entonces salí corriendo. No me percaté de que el coche de policía estaba aparcado, y que un agente estaba esperando al inspector. Intenté huir, pero el agente comenzó a dispararme. Una bala me llegó al brazo, y otra a la pierna. Caí de bruces. El policía se acercó y me agarró violentamente. Sabía que sería mi fin.

-¡Déjeme! ¡No he hecho nada! –grité, tratando de confundirle. Entonces le dije, señalando con la cabeza- ¡Es ese!

Aproveché la distracción para propinarle una patada y liberarme. Comencé a correr. Nunca había sentido tanto miedo. Oía las sirenas detrás de mí. No podía escapar. De pronto me vi rodeado. Los policías salieron de los coches. Me apuntaban. No había escapatoria. Entonces uno de ellos me disparó y...

-¡Inspector James, despierte! –el jefe de policía White me despertó. Entonces recordé que yo era el inspector-. Hemos localizado al asesino del señor Brown. ¡Vaya a por él ahora mismo!

Me levanté, cogí mi gabardina y mi sombrero y salí en dirección a mi coche. Esta vez no pasaría lo mismo. Ahora recordaba que llevaba días buscando a ese asesino. Por fin había conseguido encontrarle. Llegué al piso. Subí y llamé al timbre, pero no estaba. Decidí esperar. Comprobé que tenía la pistola bien preparada. Rememoré los datos que tenía sobre el asesino. Era un hombre sin dinero que tenía una gran deuda con la empresa Brown & Company, y había asesinado al señor Brown. Justo como en mi sueño.

Le vi al subir las escaleras. Me miró con desconfianza.

-¿Es usted Hert Robinson? –pregunté, disimulando un gesto afable.

-Así es.

-¿Le importaría que charlásemos un rato?

Tardó en responder. Abrió la puerta y, mirándome con recelo, dijo:

-Siéntase como en su casa.

Pasé a su casa. Era una casa bastante normal. El salón era amplio y espacioso. Todo estaba ordenado. Sentía su fría mirada detrás de mí, y le dije:

-Deje que me presente. Soy el inspector James. Me gustaría hablar con usted porque me han informado que el señor Brown le visitó días antes del crimen.

-Tiene razón. Vino a ofrecerme un contrato.

-¿De qué se trataba?

-Nada importante; simple papeleo comercial. El señor Brown quería comprar una propiedad mía, y los dos acordamos el precio.

Eso era extraño. Siendo pobre, no tenía sentido que tuviese otra propiedad, y menos aún que el señor Brown estuviese interesado en ella.

-Según su informe, usted tiene varios antecedentes penales.

-He cambiado, inspector. Esa vida ha acabado.

-Mmm. ¿Dónde ha dicho que tenía esa propiedad?

-En Liverpool, cerca de aquí.

Mentía. Lo sabía. Moví disimuladamente la mano, agarrando la pistola. Cuando iba a sacarla, se abalanzó sobre mí y comenzamos a forcejear. Me golpeó varias veces. Saqué la pistola e intenté usarla, pero me golpeó y la solté. Sabía que la intentaría coger.

Y, cuando me soltó para coger la pistola, le propiné un fuerte golpe en el abdomen. Se derrumbó. Entonces cogí la pistola, y mientras me giraba para apuntarle me golpeó en la pierna haciéndome perder el equilibrio. Al caer me golpeé en la cabeza, y no veía bien.

-Bien. Inspector James, prepárese para sufrir.

Mientras recuperaba la vista percibí cómo Hert sacaba su cuchillo. Lo acercaba lentamente hacia mí. No podía escapar. Busqué la pistola y, justo al sentir el roce del cuchillo en mi cuello, disparé. Hert se retorció en el suelo de dolor. Rápidamente le esposé y le dije:

-Te has equivocado. Tú sí que sufrirás.

Le bajé al coche y le llevé a comisaría. Asistí al juicio. Los jueces tuvieron muy claro su veredicto: culpable.

Más tarde, en mi casa, empecé a reflexionar sobre el misterioso sueño que tuve. Y concluí que, posiblemente, la próxima vez fuera yo el asesino. Pues nunca sabemos si el asesino es otro, o somos nosotros mismos. Quién sabe, quizá deba desconfiar de mí mismo. Quizá seas tan solo un simple lector. O quizá, sin saberlo, seas tú el asesino.

La conjura de los galeotes. 2

Guión y dibujos: Charlie Charmer

Antes de continuar con su investigación, don Alonso de la Torre debía hacer una visita.

Y es que no se contenta el diablo con enviar males que mortifiquen los cuerpos y aún ha criado otros que se comen el ánimo, como el que tenía a don Francisco Conde convalciente en un remoto monasterio de la Sierra de Guadarrama, en el Condado de Manzanares, del señorío del Duque del Infantado.



¿Cómo le habéis visto estos días?

Sigue sin querer comer ni levantarse

Y, a veces, llora desconsoladamente sin motivo alguno

Pero, al menos, ya ha abandonado la idea de quitarse la vida



¿Cómo os encontráis, don Francisco?

¡Alonso! No tan bien como vos, por lo que veo, ¿habéis tenido un buen viaje?

Seguí vuestras indicaciones tras el susto de la última vez; aunque ciertamente supone un pequeño rodeo, la senda es mucho más segura



Pese al estado del viejo escribano, en su mirada Alonso aún podía reconocer el brillo que le deslumbró aquella mañana de estío en que veinte años atrás apareció en su casa



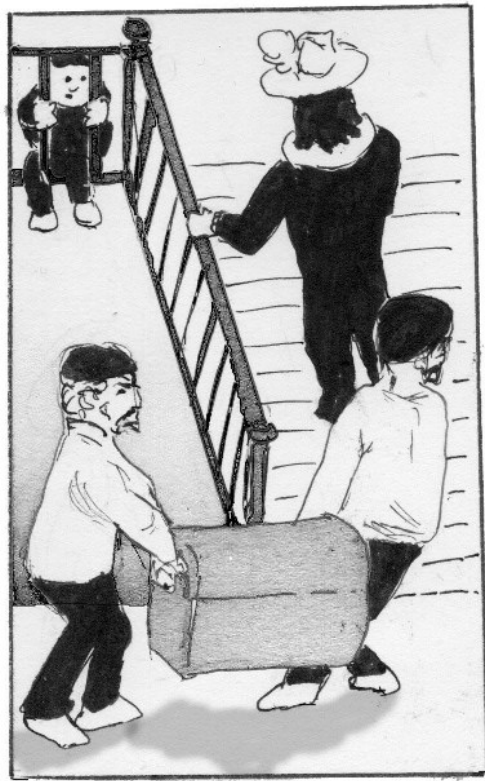
No quisiera ser una molestia...



S.M. llegó con su corte a la villa en junio y era menester alojar a sus servidores, para lo que se reservó la planta superior de todas las casas de Madrid

Pues daos la media vuelta y marchad por donde habéis venido...

La enfermedad que acabó con el marido de Ysabel Castro le había impedido arreglar la suya a la malicia para aparentar una sola planta desde el exterior



Desde su tierna inocencia, Alonso no entendía la situación, ni podía evitar sentirse fascinado por aquel señor tan cortés que transmitía tranquilidad cada vez que hacía acto de presencia.



No podría decirse con precisión cuánto tiempo pasó, aunque desde luego no fueron días, sino semanas, sin que Francisco Conde e Ysabel Castro se dirigieran una sola palabra.

Pese a la tajante prohibición materna de acercarse a sus aposentos, Alonso solía subir a jugar a que era un importante servidor de la corona, encargado de transcribir los dictámenes ordenando el atajejércitos o la presencia bajadores en lejanos reinos.



Repasaba con una pluma de ganso sin tinta los oficios que encontraba en su escritorio con el mayor empeño, como si la marcha de la cristianidad dependiera de aquellos que hacían.

Un día, llevado del fervor en la labor rasgó un inventario a medio escribir. Como nunca había utilizado tinta, pasó un buen rato haciendo pruebas para que, cuando el escribano llegase, se encontrara con otro manuscrito idéntico al echado a perder.



El resultado no debió desmerecerlo, pues cuando su mirada inocente buscó reprobación en la del caballero...



Alonso, ¿te gustaría ganar unos cuartillos copiando una ordenanza?

Pero cuando regresó su madre, le arrebató el papel y subió hecha una furia



Si vuesa merced tiene la conciencia sucia, vaya a lavarla al río.

Doña Isabel, el chico es listo, ha desarrollado solo una casi perfecta caligrafía y yo podría ayudarle con su formación...

Isabel no contestó, pero tampoco se lo prohibió a su hijo con excesiva energía, y Alonso siguió copiando documentos a escondidas, aunque tal vez con su conocimiento en la sombra



El caso es que, desde que el escribano llegó a la casa, la suerte de la viuda y su retén, que parecía haber tocado fondo, comenzó a cambiar



Un huerto que constituía la única propiedad familiar, aparte de la casa, comenzó a dar fruto tras varios años de baldío

Isabel nunca supo que era la mano del escribano la que remuneraba al aparcerero que le llevaba los beneficios de la cosecha...



Ya sabe que hoy el destino del mundo se cocina en fogón luso. El viento sopla y la lluvia cae cuando decreta Lisboa.

Contadme asuntos de la corte. Los monjes sólo debaten temas espirituales

Pero la Luna sale con permiso de Roma.

¿A qué os referís?



¿No recordáis el cambio de calendario? Estaba preparando el equipaje para esta voluntaria reclusión cuando llegó la bula del Papa a palacio.



Es cierto. Como no toca hasta otoño, no había reparado mucho en ello

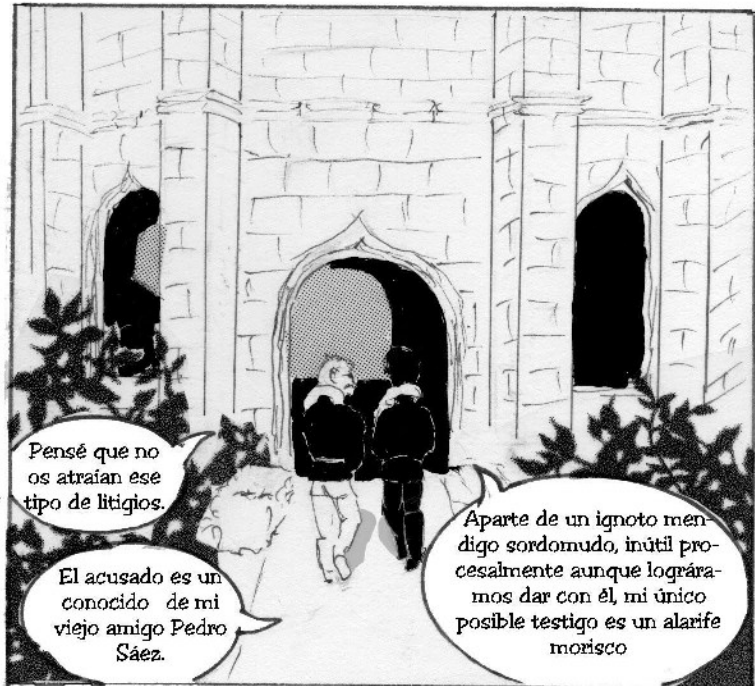
¡Chocolate! El delicioso secreto de los monjes que reconforta al moribundo...



Tengo un caso nuevo.

Vaya, no paráis. ¿Qué os ocupa ahora? ¿contratos? ¿sucesiones?

Asesinato



Pensé que no os atraían ese tipo de litigios.

El acusado es un conocido de mi viejo amigo Pedro Sáez.

Aparte de un ignoto mendigo sordomudo, inútil procesalmente aunque lográramos dar con él, mi único posible testigo es un alarife morisco



Eso complica las cosas. En navidad se rumoreaba que una junta había llegado a proponer a S.M. la expulsión general tras los últimos disturbios.

Lo sé.

Había amanecido diluviando y la calle era un inmenso barrizal. Afortunadamente, la precipitación no iba acompañada de ventisca y el chapeo de Alonso aguantaba el tirón perfectamente, aunque el forro interior del capote estaba empezando a calarse



Señor, si busca transporte, mi tío podría alquilarle un burro. Es aquí al lado.



Tras el oportuno regateo, convinieron que el viaje sería solamente de ida y otro de los 'sobrinos' del clérigo volvería con el jumento



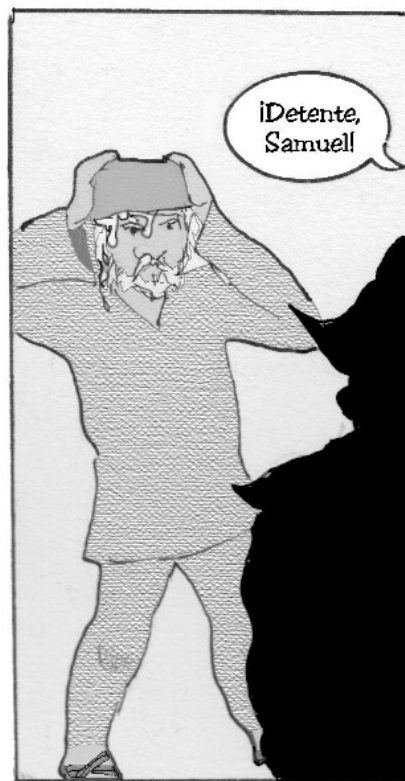
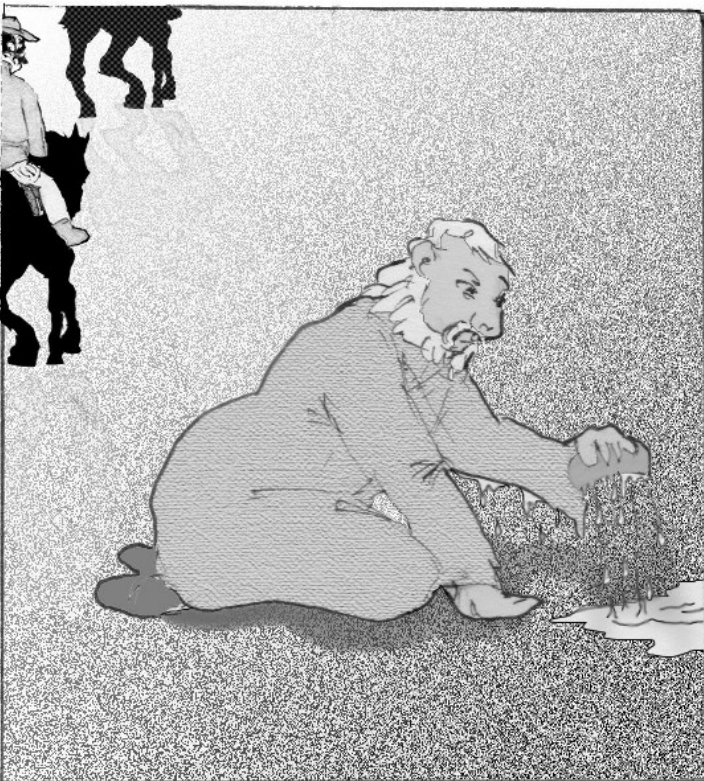
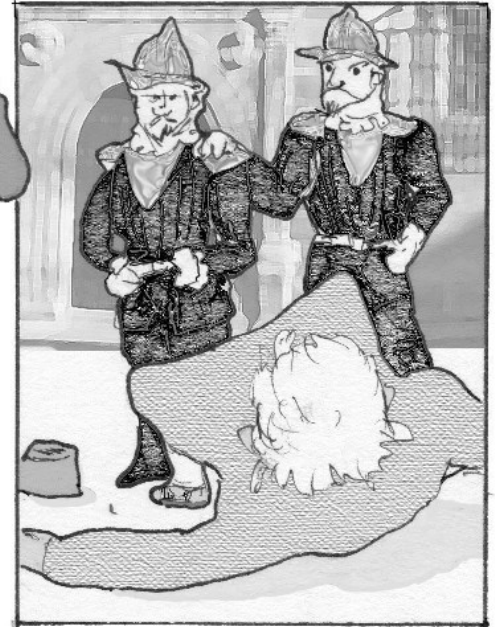
La bestia demostró buena casta, y el crío conocía su oficio, pues se plantaron a las puertas del tribunal antes que canta un gallo.



El niño desapareció entre la lluvia tirando del borriquito, descalzo y con los calzones empapados, y Alonso advinó que aquel pequeño ahora le iba a martillar la conciencia una buena temporada.



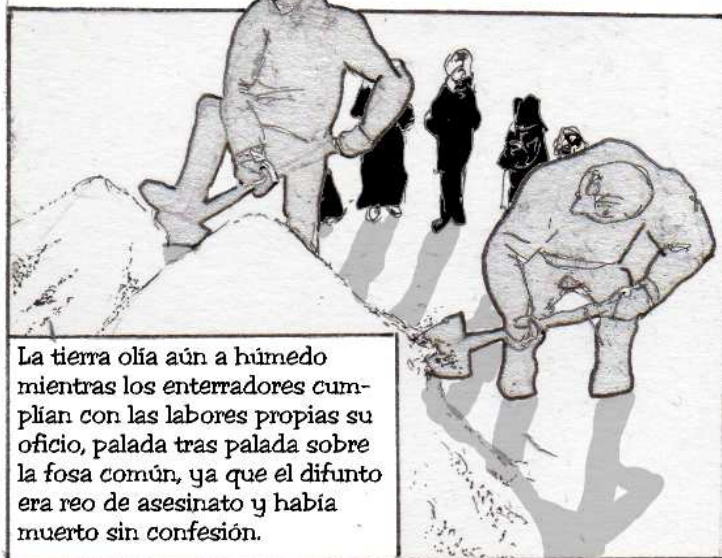
Un coche con un escudo con un pozo sinople bajo un lambel de gules grabado en la portilla obligó a Alonso a apartarse para evitar que le salpicara. En su interior creyó reconocer al alcalde al que tenía que convencer de la inocencia de Velilla.





...et requiescat in pacem

Amen



La tierra olía aún a húmedo mientras los enterradores cumplían con las labores propias su oficio, palada tras palada sobre la fosa común, ya que el difunto era reo de asesinato y había muerto sin confesión.

Una de cal,
una de arena.



Era inocente y lo habríamos demostrado.

Lo sé. No os reprocho nada.

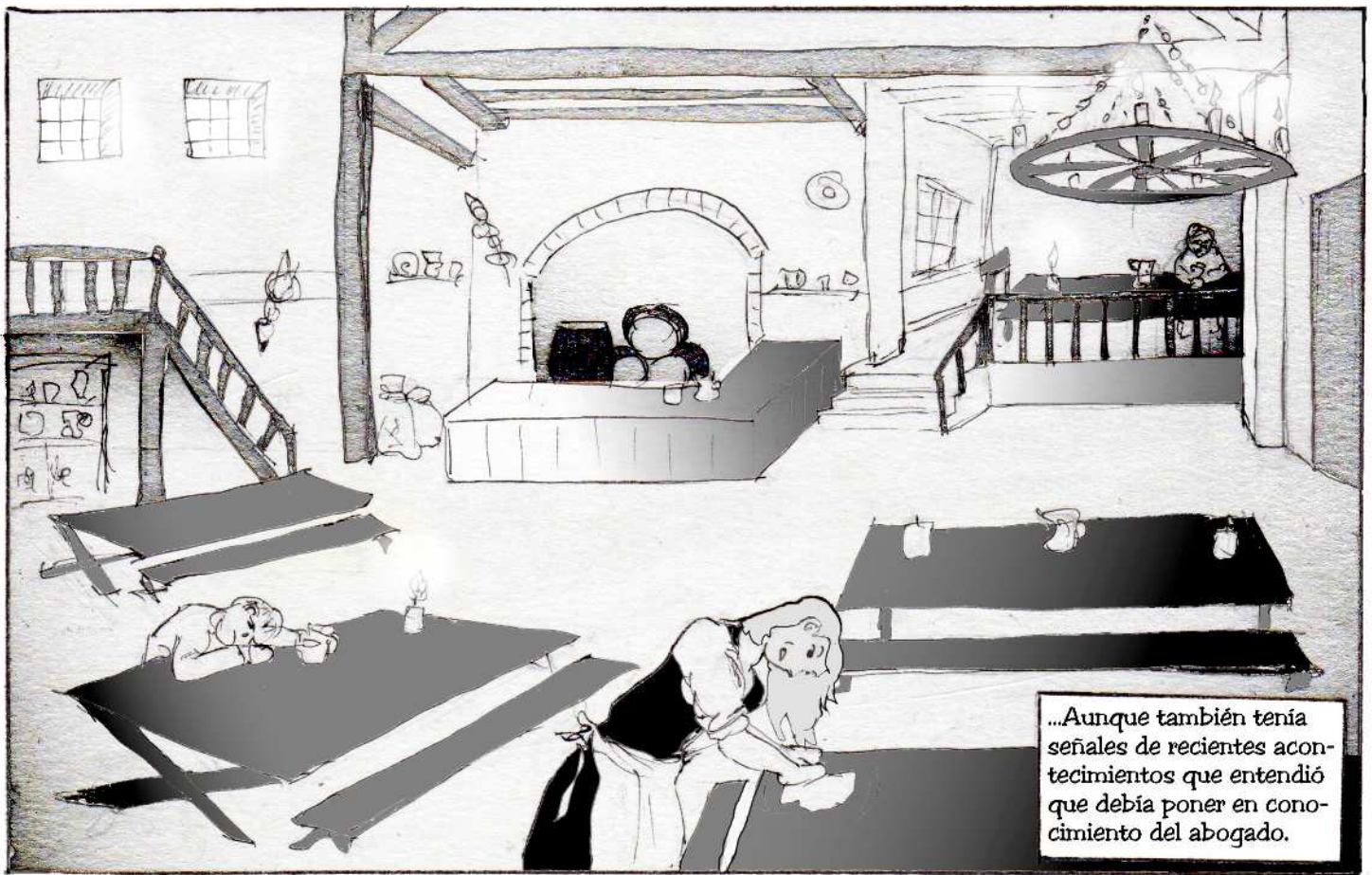
He recuperado algunos objetos de Antonio de la cárcel...

Nadie roba los enseres a los presos que mueren de fiebre carcelaria.

Puede traerlos a la tasca cuando le plazca. Tengo que colgar el luto en cuanto llegue. Nadie va a hacerlo por mí.

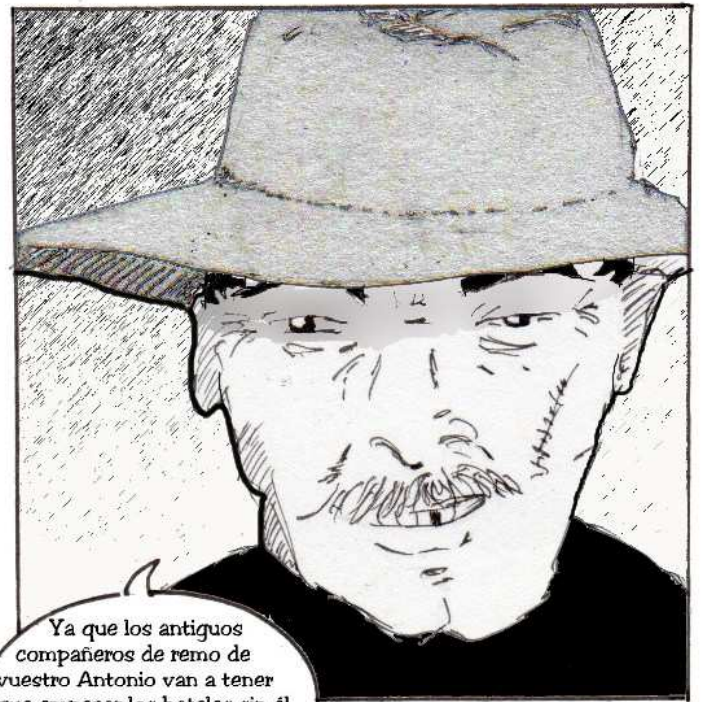


El semblante de Sara mostraba una determinación que endurecía aún más las facciones de aquel rostro castigado por la consternación...



...Aunque también tenía señales de recientes acontecimientos que entendió que debía poner en conocimiento del abogado.



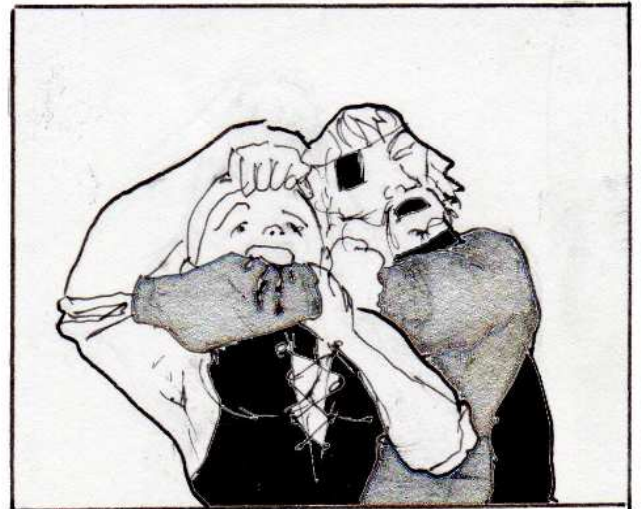
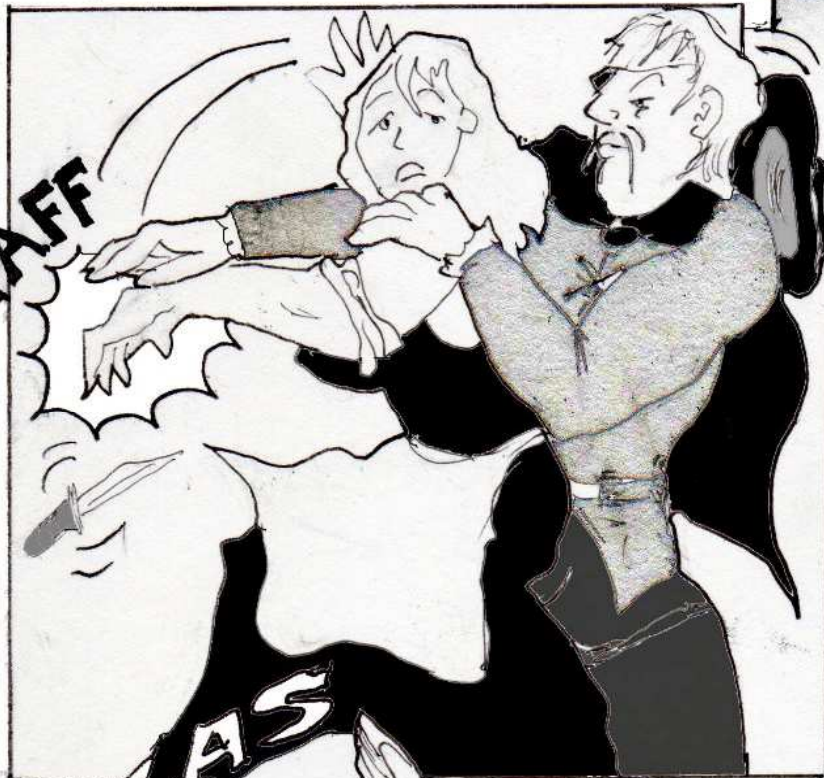




¡Vaya! Ahora que el corral se quedó sin gallo, las gallinitas tienen miedo... ¿eh?



Hideputa



Con que esas tenemos...



No te esfuerzes tanto en llamar a apellido, perra, que aquí todos nos damos a conocer por el mote: a éste le llaman 'el pencaador' y a mí 'el vigolero'.

Continuará...